



Recuerdo de Enrique Laval

Por PEDRO LAIN ENTRALGO

606810
Con Enrique Laval ha desaparecido uno de los más entusiastas y eficientes animadores de la historia de la Medicina en todo el ámbito iberoamericano. Entre los rasgos fundamentales de su carácter, acaso el dominante fuese aquella vigorosa mezcla de austeridad y modestia, esa esencial modestia derivada de vivir constantemente en la verdad y hacia la verdad, que siempre impregnó su conducta y su expresión; y tal es, a mi juicio, la principal razón de la escasez de su producción escrita y la causa única de que los saberes en que él era maestro indiscutible — a la cubera de todos, la medicina de los indios araucanos, tema en el cual su mucha experiencia personal y sus copiosas lecturas le habían dado autoridad máxima — no alcanzasen nunca difusión impresa; pero tanto su labor universitaria como, sobre todo, la fundación y el sostenimiento de los "Anales Chilenos de Historia de la Medicina" justifican con holgura el juicio que sobre su condición de médico historiador antes he formulado.

Más, cuando el alma domina sobre la profesión, y tal era el caso de Laval y es, creo, mi caso, ella es la que debe hablar cuando se recuerda la vida de un amigo muerto. La figura de una persona muy entera y cabal es la que llena ahora mi alma. En una época de la humanidad en que los personajes, sean éstos ministros, funcionarios o laicos, son mucho más abundantes que las personas, entendiendo por tales los hombres capaces de serlo con libertad y responsabilidad desde el fondo de sí mismos. ¿No es éste el máximo elogio que puede y debe hacerse de Enrique Laval? Como un hombre real y verdaderamente libre y responsable le veo ahora en mi recuerdo, un hombre en cuya vida se combinaban — armoniosamente

entre sí, con una armonía que yo me atrevería a llamar dórica, para hacer patente la visible y querida sobriedad de su apariencia, el amor a su país, el amor a la cultura y un singular ayuntamiento de puritanismo y tolerancia.

Amaba a su país porque lo conocía como pocos y porque deseaba su creciente perfección. Su originaria dedicación a la salud pública y a la medicina social le había hecho recorrer casi paso a paso la "lora geográfica" — repitámos una vez más la afortunada expresión de Benjamín Subercaseaux — que se extiende desde el rejizo desierto absoluto de Atacama hasta los bosques, los lagos y los helados canales con que América avanza hacia el Polo Sur de nuestro planeta; y fundido con este conocimiento amoroso y directo de la tierra, su no menos profundo amor a los hombres le llevó a querer una patria que, por su cultura, su libertad, su espíritu civil y su justicia social, fuese modelo para todas las del continente americano. ¿Podré olvidar alguna vez sus palabras, no exentas de humor y ternura, bajo la aparente sobriedad espartana, ante los "roques" de los cerros de Valparaíso o de los barrios santiaguinos al norte del Mapocho?

Pero esta honda afección a su país no podía ser y no era simple nacionalismo. Se lo impedían su devoción por la cultura y la necesidad de que en ésta imperasen, para que de nacional pasase a ser universal, los dos rasgos que exigía su estirpe familiar: el francés y el hispánico. Con venerativa complacencia guardaba en su biblioteca los libros franceses de su padre, nacido, si no recuerdo mal, en tierras próximas al Garona, y murió con la ilusión de pasar unos meses de descanso y retiro en faisant la navette entre los dulces valles de que tomaron

nombre los Laval de antaño y las ásperas navas de Castilla de que procedían su lengua — que él cultivaba con la recia politeria del aficionado a los mejores clásicos castellanos — y la otra parte de su sangre. ¿No fue esta viva estimación de la cultura universal, me pregunto, el motivo que ante todo le condujo desde la salud pública a la historia de la Medicina?

Amor a su país, amor a una formación intelectual que echase sus raíces más allá de la pura técnica; y ambos amores íntima y expresivamente modulados por la tan peculiar coyunda de puritanismo y tolerancia que más arriba señalé. A primera vista, Enrique Laval parecía ser la versión católica — porque fiel y fervoroso católico era — de un concentrado puritano; quiero decir de uno de aquellos rigidos cristianos protestantes que para mantener la pureza de su fe y sus costumbres abandonaron un día en el Mayflower las no siempre suaves costas británicas; pero cuando se traspasaba la corteza de su ser y se le veía en franca relación amistosa con las personas a quienes de veras estimaba, y más si discrepaban de sus propias creencias — déjeme recordar sólo a dos: Sotero del Río y Hernán Alessandri —, Enrique Laval, severo puritano en su apariencia, mostraba del modo más ejemplar la civil, cristiana y fina tolerancia que para él era el fundamento mismo de la convivencia y la amistad.

Ya lo he dicho: con Enrique Laval hemos perdido un médico de muchos y muy preciosos saberes y un apóstol de la enseñanza formativa, no meramente erudita, de la historia de la Medicina; pero sobre todo una persona cabal, un ser humano de aquellos a quienes quiso aludir Unamuno con su título famoso: "Nada menos que todo un hombre". Como tal le recordaré yo mientras viva.

El Mercurio, Santiago, 31-X-1971. b. c.

Recuerdo de Enrique Laval [artículo] Pedro Laín Entralgo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Laín Entralgo, Pedro, 1908-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdo de Enrique Laval [artículo] Pedro Laín Entralgo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile